



## RETRATO DE ISABEL LA CATÓLICA



ACE algunos años, por el de 1885, presentóse á la Academia de la Historia una copia que se decía hecha por un retrato original de la gran Reina, y «cuya imagen», según escribía el mismo comunicante que la presentaba, diferenciábase del ideal que tenía concebido de tan admirable señora, y no se conformaba tampoco con otros retratos que se suponen tomados del original. «Me parecía imposible, continuaba, que aquella, cuyo nombre llena una época, pudiera reflejarse por este cuadro en el azul oscuro de unos ojos diminutos, en una boca sumida, y en otros rasgos de la fisonomía, tan contrarios á la figura y apariencia forjados por nuestra imaginación».

Con razón parecía imposible al dueño de aquella copia que fuese el exacto retrato de la incomparable Reina de Castilla, porque nada tenía de común con el verdadero, que ha servido de original al que acompaña á estas líneas; y sin embargo, aquel celoso investigador de la iconografía de Doña Isabel, aseguraba que era *calco fidelísimo* del que reputaba como el retrato *más verídico* de la Soberana de Castilla, que llena en efecto con la merecida fama de sus hechos y de sus virtudes, la historia de nuestra patria en el período de sus mayores y legítimas glorias.

Para hacer tales aseveraciones, aunque gué la pluma del investigador el más noble deseo del acierto, creemos es necesario allegar todos los datos que puedan reunirse antes de pronunciar un fallo, que redunde en perjuicio de ideas generalmente admitidas, y aun que tienda á rebajar la importancia del personaje á que se refieren.

Cierto es que no siempre se revelan por el rostro las cualidades de la persona; pero esta es la excepción, pues por algo se elevó á la categoría de axioma popular, que el rostro es el espejo del alma. Si el retrato que se presentó á la Academia y á que se refieren las palabras que hemos transcrito, retrato que por aquel tiempo se publicó también en un periódico ilustrado fuese el exacto, trabajo costaría á los más entusiastas adunar la grande idea que justamente se tiene formada de aquella mujer excepcional, con aquel rostro bobo, sin expresión, sin armonía en sus líneas, con aquellos ojos pequeños y sin vida, con aquella cortísima nariz, con aquella boca sumida, con aquel todo, en fin, tan poco simpático, que nada dice al que lo contempla, y que no deja en el alma más que un profundo desencanto al comparar la pintura con el ideal que todos tenemos de la Reina de Castilla. Por fortuna, semejante pintura distaba y dista mucho de ser su retrato. Es una desdichada copia hecha de otra copia, que aunque antigua, desvirtuó de una manera lamentable el original.

Para llegar á esta conclusión hemos procedido con la prudente calma que tales investigaciones requieren, procurando ver por nosotros mismos los retratos que se dan por originales del célebre artista alcarreño, Antonio del Rincón, tan justamente apreciado de los Reyes Católicos, cuyo pintor de cámara fué, y tan celebrado por los escritores de Bellas Artes, como escasamente conocido por sus obras. Cuéntanse entre aquellos retratos, el que se conserva en la llamada capilla de la Antigua de la Catedral de Granada; el de San Juan de los Reyes de Toledo; uno que existía en poder del señor Duque de Abrantes, que estuvo en un convento de monjas de Baeza, patronato de aquella casa nobiliaria; y otro que se guarda en el Real Palacio, y que con la ilustración que le distinguía tuvo en preferente lugar de sus habitaciones particulares el malogrado Rey D. Alfonso XII, y hoy su dignísima y regia viuda <sup>1</sup>. Todos estos retratos, así como el del cuadro de Santo Tomás de Ávila, copiado por el Sr. Carderera, ofrecen análogos rasgos fisionómicos, variando sólo en pequeños accidentes, que demuestran la diferente época en que se hicieron, pues en unos aparece la gran señora en todo el esplendor de su juventud, ó de su buena edad, como sucede en las tablas de Santo Tomás de Ávila y del Duque de Abrantes; en otros, ya con algunos, aunque escasos rasgos, que acusan la edad madura, aun en los rostros más hermosos, cuando las mujeres pasan de los cuarenta años, como acontece en la preciosísima tabla del Real Palacio, prototipo de todos estos retratos, y nos atrevemos á decir el original de donde se sacó la copia de la Cartuja de Miraflores. Aquella preciosa tabla obra admirable en sus perfecciones técnicas, pintada con el singular empaste de los artistas que estaban educados en las hermosas escuelas germanas del siglo xv y comienzos del xvi, manera á que Antonio del Rincón, es quizá el primer pintor español que empieza á unir el naturalismo del Renacimiento italiano, ofrece todos los caracteres de exactitud, que no dejan duda alguna acerca de que es un retrato hecho á vista del regio modelo, coincidiendo todas sus líneas y su conjunto con los retratos escritos que nos dejaron sus contemporáneos.

<sup>1</sup> Este retrato ha estado expuesto en la Exposición Histórico-Europea.

En el *Carro de las donas*, obra traducida y refundida por el provincial franciscano fray Alonso de Salvatierra, de la que á mediados del siglo xv, compuso en lemosín con el título de *Libre de les dones* el obispo de Elna, fray Francisco Ximeno, se describe de la siguiente manera á la Reina Doña Isabel: «Esta cristianísima reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros; muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y azules, el mirar muy gracioso y honesto; las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre, de una alegría honesta y muy mesurada, una gravedad encumbrada en la contención é movimiento de su cuerpo.» Compárese esta descripción con la tabla del Real Palacio, que coincide con todas las demás que he visto y dejo anotadas, pero que es la mejor á mi juicio y la que presenta más caracteres de autenticidad y de ser obra del afamado pintor de los Reyes Católicos, y se verá inmediatamente la íntima relación que existe entre el retrato hecho al correr de la pluma, y el trazado sobre la tabla por el pincel.

La mirada en el retrato de Palacio, como en los demás que hemos consultado, lejos de tener esa impasibilidad que nada dice en la copia presentada á la Academia, tiene la *honesta gracia* del retrato escrito; las facciones en lugar de aparecer desarmonizadas, como en dicha copia acontece, tienen todas la armonía del conjunto, que constituye uno de los principales elementos de la belleza; la nariz en lugar de ser corta y casi roma, es de un corte perfecto y distinguido, notándose en sus dilatables ventanás los trazos característicos de la firmeza de carácter y de la dignidad; la cara aparece muy hermosa y alegre según las palabras del narrador, y su alegría *honesta y mesurada* se refleja en todo el rostro, y especialmente en la dulce sonrisa de la boca, que lejos de ser sumida es expansiva y franca, con el labio inferior algo abultado, carácter fisionómico que tanto se exagera cuando la casa real española se mezcla con la casa de Austria.

Después de examinar la tabla del Real Palacio, y de haberla comparado con la del señor marqués de Pidal, que se dice fué la que perteneció á la reina doña María Cristina de Borbón, y por lo tanto la de la Cartuja de Miraflores, y con la copia remitida á la Academia, he adquirido la convicción profunda de que la tabla auténtica de Rincón, es la que posee la Real Casa; que de ella es copia la que se atribuye á la Cartuja de Miraflores, pero copia hecha en época antigua por un pintor, que, como acontece la mayor parte de las veces no interpretó fielmente el original, variándole por completo la expresión y apartándose de la pureza del dibujo, como ya notó con su extraordinario acierto é indiscutible competencia el Sr. Carderera, y que el anónimo autor de la otra copia presentada á la Academia, acabó de desvirtuar la hermosa pintura de Rincón, como acontece siempre que se van sacando copias de copias.

La exactitud de un retrato, en parecido, estriba á veces en los más pequeños accidentes. La inclinación de una línea, la mayor ó menor curvatura de otra, la veladura más insignificante, los menores accidentes que pueden parecer tales al que copia un cuadro, pero que no lo son para el que lo ha pintado á la vista del modelo, constitu-

yen á veces la esencia del parecido, el *quid* inexplicable que le da la vida, porque el artista logra sorprenderlo ante el original, y el copista que lo desconoce no lo presume siquiera.

El retrato de Antonio del Rincón, que se ha procurado copiar en la lámina que acompaña á este artículo, es en mi juicio el que hoy existe más exacto de la gran Reina en su edad madura, así como el de Santo Tomás de Ávila, que publicó el señor Carderera, en su edad juvenil.

El Sr. Carderera vió el que sirvió de original al presentado á la Academia y reproducido por un grabado en madera en un periódico ilustrado de aquella época, y lejos de aceptarlo *como el más verídico* no lo tomó para seguirlo en su Iconografía, prefiriendo el de Santo Tomás de Ávila, y contentándose con decir de aquél, que tenía condiciones de autenticidad, aunque representaban á la Reina en edad avanzada, y con alguna incorrección en el dibujo. El de Palacio en cambio está admirablemente dibujado, copiando con esmero el artista hasta las nacientes ondulaciones, presagio de próximas arrugas, que notaba en el rostro de la Reina, con aquella nimia escrupulosidad de los pintores de la época y de la escuela á que Rincón pertenecía, que no trataban de embellecer sus retratos adulando con su pincel á sus modelos, sino que los presentaban tales como los veían; sin embargo de lo que el retrato de la Reina Isabel aparece como ella era, con las perfecciones fisionómicas apuntadas, y con una distinción inexplicable, á través de la cual se transparenta el carácter firme y enérgico de aquella mujer singular, que encerraba en tan delicadas formas la más elevada inteligencia y el más hermoso y esforzado corazón.

Á estas razones, deducidas del examen de retratos auténticos de Doña Isabel, no está demás añadir, que, tanto el que hay de relieve en uno de los altares de la Capilla Real de Granada, como el de la admirable estatua yacente del artístico mausoleo esculpido por Ordóñez, aunque hechos en época algo posterior, pero bastante cercana á la muerte de los Reyes Católicos, conciertan con el de Palacio, y es de presumir que para labrar aquellas esculturas se tuvieran presentes los reputados por más exactos, como siempre acontece en tales casos.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO



ISABEL LA CATÓLICA

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA